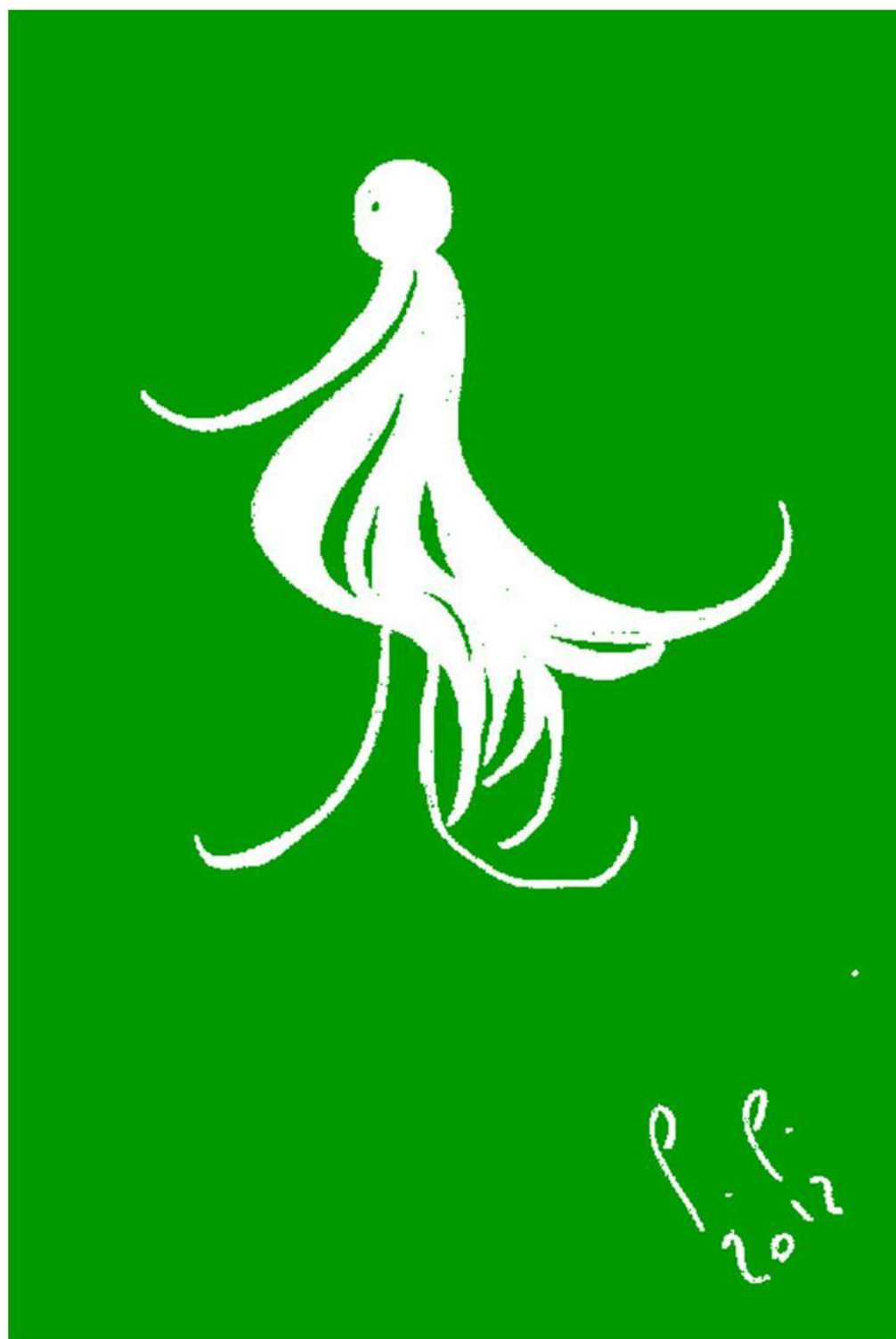


Revista del Club de Letras

ISSN 2171-7338



SPECVLVM

1^a época

Primavera 2012

nº10

Revista del Club de Letras

Speculum

Vicerrectorado de Proyección Social,
Cultural e Internacional



Club de Letras

Director: José Antonio Hernández Guerrero

Subdirectores: Antonio Cantizano García. Juan Leiva Sánchez.

Consejo de Redacción: Adelaida Bordés Benítez. Ernesto Caldelas Lobo. Pedro Castilla. Antonio de Gracia Mainé. Joaquín Moreno Marchal. Josefina Núñez Montoya. Manuel Francisco Romero Oliva.

Secretaría: M^a Luisa Niebla López. Carmen Franco Sánchez. M^a José Morales Jiménez. Cristina Eugenia Pala.

Administración: M^a Dolores Álvarez Crespo

Diseño de portada y maquetación: Manuel Francisco Romero Oliva

Medios de Comunicación: Maribel Cano

Relaciones Públicas: Carlos Fernández Villegas. Esteban Fernández Villegas.

Revista Speculum

Edita: Club de Letras

© Autores

© Club de Letras

Imprenta: Sta. Teresa, Ind. Gráficas, S.A. C/ Cervantes, 5

11540 Sanlúcar de Barrameda (Cádiz)

Depósito Legal: CA 378/2009

ISSN 2171-7338

Sumario

Presentación

José Antonio Hernández Guerrero, <i>Director de la Revista Speculum</i>	7
---	---

POESÍA	9
---------------	---

<i>Atrapada</i>	
M^a Jesús Rodríguez Barberá	11
<i>Amor</i>	
Ana María Rodríguez Melguizo	12
<i>Fahrenheit</i>	
Juan Emilio Ríos Vera	13
<i>Oda a Cantabria</i>	
Antonio Rozas González	14
<i>No quise levantarme</i>	
Ramón Luque	15
<i>Culpa</i>	
Antonio Valderas Rodríguez	16
<i>VIII</i>	
Daniel Peña Mateos	17
<i>I</i>	
Pedro Castilla Vidal	18

NARRATIVA	19
------------------	----

<i>El cerezo</i>	
Roxana Xamán	21
<i>La oficina</i>	
M^a José Morales López	22
<i>Pozo maldito</i>	
Carlos Fernández Villegas	23
<i>Todos creen que es...</i>	
Juan Ramírez Domínguez	24
<i>Los pueblos</i>	
Rafael Marín Romero	25
<i>Nene Chus</i>	
Ignacio Jesús Leal Almagro	26
<i>Eternidad</i>	
Carmen Sánchez Melgar	27
<i>La carrera</i>	
M^a del Carmen Rodríguez López	28
<i>El artista y la noche</i>	
Adelaida Bordés Benítez	29

Club de Letras

<i>El gato abandonado</i>	
Ernesto Caldelas Lobo	30
<i>Mi tesoro</i>	
Juan Leiva Sánchez	31
<i>También son amores</i>	
Carmen González Picardo	32
<i>Tiempo y felicidad</i>	
Joaquín Moreno Marchal	33
<i>Inocencia</i>	
Pedro Castilla Madriñán	34
<i>Dominio</i>	
Josefina Núñez Montoya	35
<i>El otoño</i>	
Consuelo Sánchez Flores	36

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

<i>Don Juan</i> , de Gonzalo Torrente Ballester	
Por Aurora Romero Montalbán	38
<i>La mano de Fátima</i> , de Ildefonso Falcones de Sierra	
Por Ernesto Caldelas Lobo	38
<i>El lector de cadáveres</i> , de Antonio Garrido	
Por Ernesto Caldelas Lobo	39
<i>The road (La carretera)</i> , de Cormac MacCarthy	
Por José Luis Vázquez y María Luisa Niebla	39
<i>El salón de ámbar</i> , de Matilde Asensi	
Por Carmen Franco	39

Carlos Murciano González

José Antonio Hernández Guerrero

En la amplia y diversa obra literaria de Carlos Murciano me sorprende, sobre todo, su habilidad para armonizar los temas, los lenguajes y ritmos que, en la teoría literaria, se presentan alejados entre sí y, en ocasiones, como contradictorios. Este escritor, nacido en Arcos de la Frontera, es poeta y prosista, musicólogo y crítico de arte, conferenciante y analista literario, autor de novelas cortas y de cuentos, y ha traducido obras poéticas escritas en catalán, inglés y alemán. Pero me llama aún más la atención su destreza para conjugar su audacia inventiva con su devoción por los modelos clásicos.

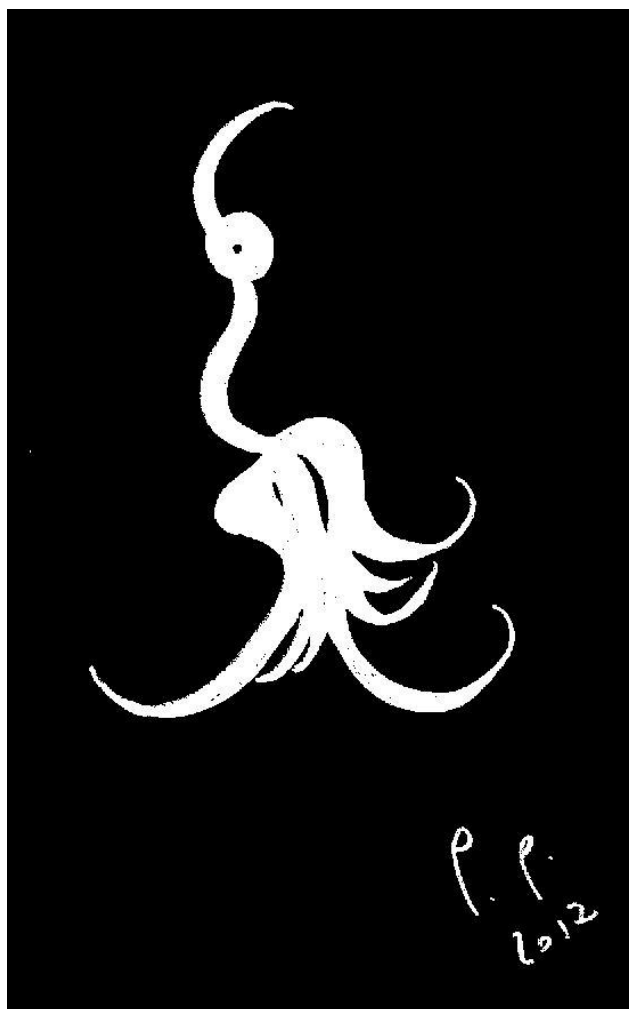
Su permanente crecimiento como poeta es el resultado de una vocación original y de un tenaz esfuerzo. La poesía, efectivamente, igual que las demás manifestaciones artísticas, nace de una intuición, de una chispa germinal, pero, si pretendemos que crezca su tallo y que maduren sus frutos, es necesario que la cultivemos con esmero y que la alimentemos con disciplina. Por eso él sueña y piensa, imagina y trabaja, escribe y lee: la literatura para él es una pasión y un oficio. Sus cuentos están dirigidos a los niños, pero no sólo a los menores de edad sino también a esos seres que, disimulados bajo las apariencias engañosas de la solemnidad, de la suficiencia y de la pedantería, llevamos todos en ese fondo secreto de nuestra intimidad. Por eso, si escarbamos bajo la amena capa de las deliciosas anécdotas, encontramos estimulantes mensajes éticos que nos empujan a la reflexión y a la autocrítica.

De su producción lírica me llama la atención la sobriedad clásica compatible con la riqueza de procedimientos innovadores. Sus poemas encierran una ilimitada variedad de matices y, sobre todo, una singular diversidad de procedimientos expresivos: su compromiso con la tradición más depurada no le ha restado libertad para crear una obra original en la que canta el amor, la nostalgia, el paso del tiempo y las bellezas artísticas y naturales.

Club de Letras

Carlos Murciano bucea para encontrar ideas nuevas o renovadas y palabras bellas o embellecidas, pero es que, además, sus versos están dotados de una singular luminosidad, de esa luz matizada que se logra gracias al trato respetuoso y cordial con los clásicos.

En el fondo de su espíritu late, como es sabido, su densa formación estética y literaria. No es extraño, por lo tanto, que, manteniendo siempre la devoción por los valores clásicos, haya mantenido al mismo tiempo la profunda pasión por la libertad creadora. Pero si tuviéramos que elegir un solo rasgo de su personalidad poética, nos decidiríamos por su amor incondicional a la palabra. Fíjense cómo, a lo largo de toda su trayectoria literaria, manteniéndose al margen de las modas pasajeras y luchando contra las rutinas, ha demostrado ser un incansable explorador de las posibilidades expresivas.



Poesía

“Atrapada”

M^a Jesús Rodríguez Barberá

Nunca debí dejar que me atrapas.
-Decía la mosquita a aquella araña.
No sé cómo pudiste darte maña,
para que de esa forma me enredaras.

Eras linda y dejé que te acercaras
para tejer tu malla en mi cabaña
con todos esos hilos y maraña;
pero nunca pensé que a ti me ataras.

En tu tela, me encuentro envuelta y lesa...
Tan pendiente de ti está mi vida,
que puedo ser el plato de tu mesa.

Yo no pude aguantar tu arremetida,
y ya en tu telaraña estaré presa,
mientras me das mi libertad perdida.

“Amor”

Ana María Rodríguez Melguizo

Porque abriste en mi vida una ventana
al umbral sin luz de mis sentidos,
y me hiciste provocar un estallido
de nuevas y radiantes emociones.

Por ti, yo me vestí de primavera,
repleta de ilusión y de esperanza;
y agarraron en mi vientre las semillas
que tú me regalabas con el alma.

Henchida por tu amor echaron raíces
que se agarraron en el centro de mis entrañas,
y brotaron de mí, dos lindas perlas,
dos milagros de amor, dos esperanzas,
dos rayos de luz, dos ilusiones,
dos caminos que me bifurcan el alma.

Por ti, yo me vestí de primavera,
y ahora que de otoño comienzo ya a vestirme,
te prometo, mi amor,
que la última hoja de mi aliento,
al viento va a gritar que yo te quise.

“Fahrenheit”

Juan Emilio Ríos Vera

De la raíz del incendio
surgieron criaturas nuevas
indemnes ya al dolor,
que aprendieron a convertir
sus heridas en
senderos secretos
hacia el altar arcano del alma.
Sus mentes, ampliado con creces
su estrecho territorio,
se volcaron en crear belleza
y a sembrarla
por los cuatro vientos
de la rosa indiferente
a las críticas de los inmovilistas,
hasta conseguir que el fuego,
que había arrasado las palabras
sagradas de los libros,
no les rozara el aliento.
El libro no tenía ya
páginas de papel
sino de carne enamorada,
nervio firme
y hueso seco.

“Oda a Cantabria”

Antonio Rozas González

Porque tienes los encantos de las mozucas tempranas
porque tus montes y valles enjuagan llantos del alma,
yo le canto a mi tierruca, con cantares que son brasas.
¡Oh! Solaruco del alma, fiero de braña y cambera
que los sueños no me acogen, ni me devoran tus nieblas.
Hasta en soledad quererte, sumiéndote en mil tenazas,
del solar donde nací y encantos de mi niñez
que ahora vuelvo a recordar.

“No quise levantarme”

Ramón Luque

no quise levantarme más que nada
por no llevar coronas a mi entierro
el mundo era un soldado con guadaña
que segaba los brotes de los sueños
cargaba una gran jaula sombra y óxido
que asfixiaba los cantos de un jilguero
también yo era ese ave libre instinto
a quien cortan las alas sin un vuelo
y un poco ese soldado con guadaña

yo le di de comer con mis silencios
bebió de mi ceguera fui sus pasos
pernoctó muchas noches por mis miedos

no quise levantarme más que nada
por no llevar coronas a mi entierro
por no ver al soldado era yo mismo
segando con renunciadas cualquier sueño

“Culpa”

Antonio Valderas Rodríguez

*Me vais a perdonar, ya es la hora
de esconderme en el alma
“Hasta luego” Pilar Paz Pasamar*

Me vais a perdonar, ya es hora
de esconderme en el alma,
quedarme a solas con mis faltas,
sumergirme en la morada de infectos granos
que en tiempos anárquicos esparcí.

Involuntaria se presenta la feroz recolección,
firme en su propósito de exhumar mis raíces.
Severo distingo su deforme rostro grabado en filigranas,
y lastrado en vigiliass el delito combate,
clama soterrado con acerada voz,
ésta, como tantas otras sucias madrugadas,
desde mi prolífico huerto.

Me vais a perdonar, es plomiza la ceremonia,
y no podría miraros zarpar
confusos o escandalizados.
Sé que ahora audaz
me veis reír desde mi atalaya,
pero en segundos, ya de espaldas, será el llanto,
de un crío sin hombría,
el que cubrirá mi faro.

“VIII”

Daniel Peña Mateos

Soy árbol que hunde sus ramas en la tierra
Una película cortada en su mitad
Paz enfrentada con tus guerras
Un guía que no sabe a dónde va.

Brújula que se obstina en tu norte
Estatua que se tiene que rascar
Cena tras merienda copiosa
Destino que quisiera cambiar.

Sin embargo me ato en tus lazos
Tus tierras inundan mi mar
Subo una escalera sin peldaños.
En el cielo no se esta tan mal.

Aunque tu perro se coma mi gato,
Tu queso devore mi ratón,
me quedo con el calor de tu sonrisa,
Con el hielo de tu amor.

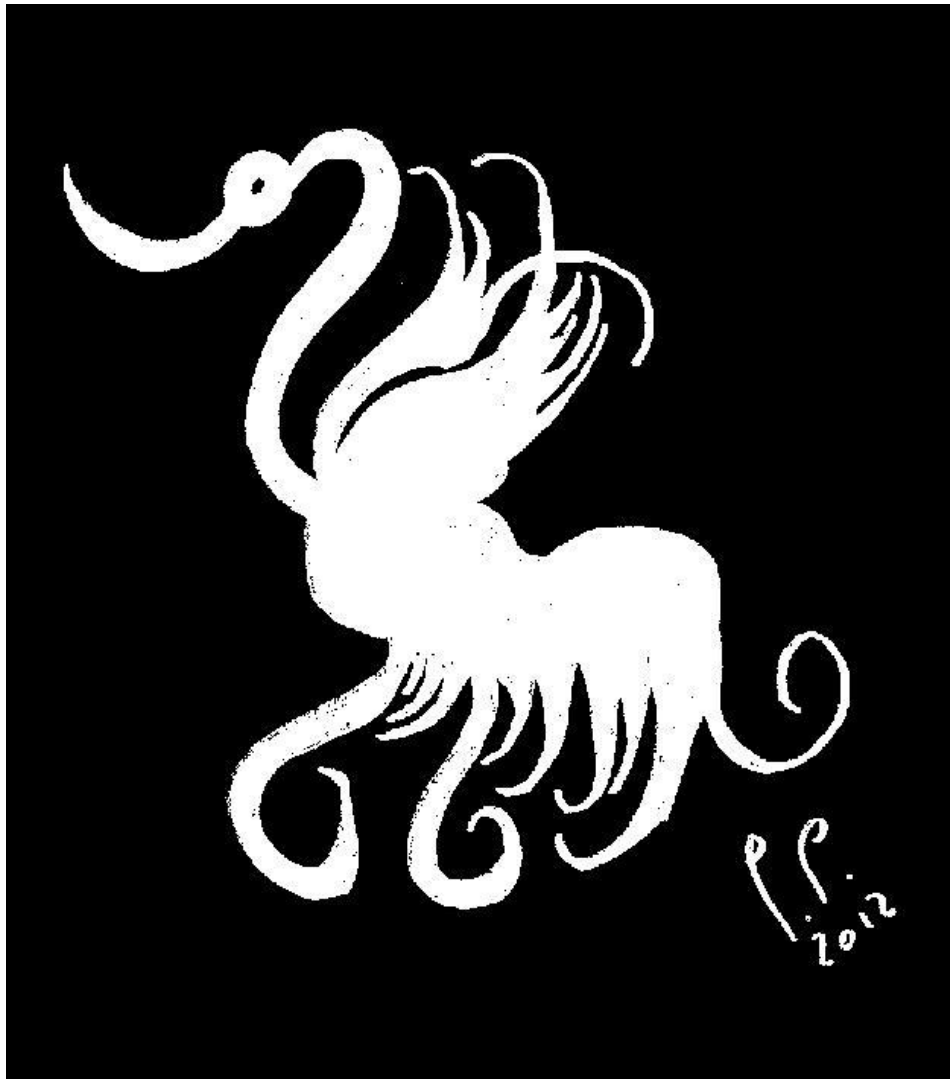
“I”

Pedro Castilla Vidal

Amo tu verbo libre
Tu corazón salvaje
Tu cándida ilusión
Pero ante todo,
Tu inagotable compromiso

Anhelo tu acento soberano
Tu latir indomable
Tus deseos inquebrantables
Pero ante todo,
Tu incesante credo

Aspiro a tu palabra sincera
A tu diáfano sentimiento
A tu pasión inagotable
Y sobre todo
A nuestra alianza inmortal



Narrativa

“El cerezo”

Roxana Xamán

En un automóvil azul el hombre y la mujer de nuestra historia recorren la carretera 15, esa que cruza los cerros de Andalucía. Él espulga ansioso los paisajes por si hubiera alguno en que pudiese inventarse un lugar para los dos. Distraída, ella comenta sobre la danza del viento en el campo. Sonríen. Dejarían huella sus ojos brillantes si alguien los observara, pero son solo ellos entre cerros labrados de vejez.

Con una vuelta a la izquierda se internan en un poblado a orilla del camino. Avanzan recto hasta la zona comercial donde estacionan el coche. Continúan el paseo a pie. Se aventuran con comidas exóticas sazonadas con sangre fresca de animal, y beben el vino recomendado en la carta del menú. La tarde los sorprende en el mirador de aquél pueblo, a pie de un barranco.

- ¿Recuerdas el árbol de cerezas del día de nuestra boda?- pregunta ella.

- ¡Claro! ¡No conozco fruta más jugosa, ni aromas más intensos!- Responde él, eufórico por la referencia al pasado, antes de la separación, que interpreta como el signo de un posible *nosotros*.

- ¡Encontré otro mejor! Su pulpa es dulcísima, no como aquel que dejaba en el paladar una sensación amarga...- Ella enumera más ventajas del nuevo cerezo que del que conocieron juntos. Él, sumido en el exilio al que lo someten las palabras, ya no escucha, tampoco ve, si acaso percibe balbuceos acompañados de informes manchas femeninas.

Al relato de la mujer le siguen los pasos de regreso al automóvil. Después, la soledad de los campos de algodón a la falda de las montañas y el frío de los -3°C de una tormenta de nieve. De ella no tendremos más noticias. De él, sabemos que esta noche ni entre cobijas logra calentar su cuerpo y que antes de dormir, o para poder hacerlo, dice un reclamo: “Sí, seguro que hay mejores, pero el nuestro estaba bien. A mí me gustaba.”

“La oficina”

Mª José Morales López

Vas camino del camino, tocas a tientas arenas mudas. Es la ruta del oficio. Cada día, todos los días, el mismo camino me reta. Su tarea inculta de mutilar la palabra yo la discuto.

El personal ocupa su asiento y no toca tarea, arrienda espacios y expropia sentimientos, así tareas no hechas y el apropiio de un trato agresivo generan un ambiente poco educado.

Puedo disculpar sus maneras pero el alma discute su agresividad y no la tolera. Hay tapias sin tapiar.

En sus frías instalaciones se abrevia el momento que no decide pasar. Qué siento y qué no siento pertenece a mi privacidad.

Se llegaba y llega ascendiendo por la calle Calvario, sorteando el tronco de un árbol obstinado en cruzar la acera. Es de obligado paso retener el tuyo si adviertes el rostro de algún otro coche que desciende. Así que las paradas son talentos de obligada calma antes de llegar a la oficina.

Una vez en ella, los capítulos no resultan muy diferentes, las mismas fachadas de caras se empotran en su lugar sin tocar asiento. El personal se da sus vueltas y queda a descuido el lugar. Los teléfonos no tienen argumentos. Y yo, prefiero estar en mi lugar.

Las caretas dejan de hacer su labor guiada por la carencia de actividad de sus portadores, de tal modo que, fuera de las instalaciones cada sentimiento expropiado es voz.

Voy camino del camino. Toco a tientas arenas mudas y se despeña el silencio de mi boca.

“Pozo maldito”

Carlos Fernández Villegas

Mientras tres equipados bio-arqueólogos, Diego, Paco e Isabel, subían por arriesgadas sendas de una sierra gaditana para localizar posibles yacimientos, un sol de justicia calentaba matorrales y rastros que, al paso de ellos, salían en estampida multitudes de insectos, pájaros, liebres y algunos reptiles para escabullirse cuesta arriba.

Al agotárseles el agua de sus cantimploras en su tercera jornada de marcha, decidieron pernoctar en una cueva natural que disponía de manantial de agua dulce. En esta caverna hallaron osamenta de jabalí, cabras, arcaicos aperos de cacería, restos de fuego muy antiguo, enormes arañas adormiladas, útiles personales y signos raros que les hicieron reflexionar en que todo ello correspondía a épocas muy anteriores.

En el amanecer del quinto día, llovía tan fuertemente que los goterones horadaban la piedra arenisca de la montaña y dejaban su superficie como un queso gruyere.

Cuando alcanzaron la cima, la imagen de un enorme arco-iris apareció al combinarse el sol con la lluvia y al escampar, enormes mariposas daban paso a un insólito paisaje en el horizonte. Se divisaba un cenagal plagado de flores de toda especie, apareciendo en el extremo parte de un viejo brocal de piedra recubierto de escabroso moho.

Llegaron al pantanal, se adentraron en él y... ¡Uf!, sus ojos no daban crédito a lo que estaban viendo; eran dos esqueletos humanos decapitados, agarrados al brocal, uno de adulto y otro de niño. Al avanzar unos pasos, los tres resbalaron hacia un pozo que parecía no tener fondo... Finalmente cayeron en un descomunal estanque con agua verdosa en el que cohabitaban especies de animales que se habían extinguido hace milenios. Estos exploradores ya atolondrados, que jamás habían visto u oído del maléfico lugar, su ilusión se centraba ahora en salir de la misteriosa gruta, de la que incluso emanaba extraño olor y se oían chocantes ruidos. Aterrados por todo ello se apresuraron en localizar una emisión de luz que les guiase hacia un escape al exterior, que... finalmente, aunque ya exhaustos, lograron hallarla y huir.

“Todos creen que es...”

Juan Ramírez Domínguez

Mis ojos evidencian una dolencia del cuerpo. No imaginan que el mal esté dentro, que viva muy dentro de mí, que se apoderó sin encontrar resistencia de cada una de las fibras que sustentaban tan frágilmente mi voluntad. Enrojecidos, parecen delatarme, aunque cada vez que alguien me desea mejoría, compruebo con alivio que siguen disfrazando mis largas noches de desvelo.

Desde aquella mirada furtiva que se tocó con la tuya nada es igual. Las clases, antes abstractas, interminables e insufribles, se volvieron vibrantes y fugaces. Trato de retener todos sus momentos en mi memoria, pero ya nacen desgastados, se me escapan como humo, se me escurren como agua, se me alejan como nubes, se me ocultan como mortecinos rayos de sol...

En mi casa, entre los ecos de mi soledad, cuando te pienso: la luna, las mariposas y los sueños se dan la mano. Aquí, en mi rincón, espiándote desde mi mesa, choco una y otra vez con la crueldad de este sentimiento prohibido, no correspondido, nunca realizado. Nadie lo sabe, ni siquiera tú percibes que soy prisionero de la más virulenta, devastadora e incontrolable de las enfermedades.

Cuando la profesora nos despide con el temido:

- ¡Hasta mañana!

El arco iris por el que nos deslizamos enredados tú y yo, un día más, se vuelve a apagar.

Todos creen que es alergia, pero es amor...

“Los pueblos”

Rafael Marín Romero

Mucho tiempo ha existía un nutrido grupo de campesinos que poblaban la mejor de las tierras conocidas allende los mares. Era una tierra generosa, fecunda, de dimensiones no muy exageradas y que proporcionaba a los laboriosos lugareños el mejor caldo y los productos más sabrosos. Las zonas rurales no estaban dispersas, sino todo lo contrario, gozaban de un perfecto maridaje con el núcleo urbano de aquella villa cargada de señorío y de postín. El pueblo, de albarizos solares, pronto sufrió una gran expansión. Transcurrían años de bonanza y la producción agrícola logró complementarse con la cría caballar y de ganado. El pueblo, que ya no era tan pueblo, implantó en sus arterias principales un creciente tejido empresarial. La actividad industrial dotó de una poderosa economía a los habitantes y a aquellos que llegaban a la comarca en busca de un futuro mejor. No se hablaba de otra cosa en los pueblos adyacentes ni en 100 kilómetros a la redonda. La fama del lugar iba en incremento a pasos agigantados, comparable a la zancada legendaria del estratosférico atleta Usain Bolt. Todo el conjunto de vecinos asistía atónito a la alegre sorpresa de “la conquista” de un nuevo mundo, el Sistema Capitalista. La revolución tecnológica desembarcaba de manera descarada en las tranquilas aguas de un pueblo que hasta el momento había actuado con un talante distinto. El comportamiento era inversamente proporcional a sus originarias costumbres y a sus gallardas formas heredadas generación tras generación. Me atrevería a decir que el ser galante de sus gentes, cualidad casi genética, había mutado a interrelaciones donde primaban intereses ocultos del color del carbón. “Este no es mi pueblo, lo han cambiado”, dije. Ha perdido la pureza que sólo sabe aportar las válvulas rojas del corazón.

“Nene Chus”

Ignacio Jesús Leal Almagro

Nene Chus, ¿qué hiciste para que la vida te pagara con la enfermedad mental?

¿Fue acaso el miedo al Padre Eusebio? Si, ese atroz que exasperaba tu vida en el nombre de Dios. O fue acaso no saber dividir ¡Ya caigo! Tu letra era ilegible, tanto así que el “dichoso” fraile te ridiculizaba ante alumnos más pequeños que tú que en primero de E.G.B. escribían cómo los ángeles.

¿O fue ya en Córdoba? ¡Esa ciudad de la culta incultura! Dónde te pegaban con palos por no saber lo que era el sexo.

Con nueve años, niños de seis te pegaban y huías.

Temiste a la Sociedad o suciedad social del todo vale. Tus fantasmas, en forma de mocasines colegiales marrones, hicieron el resto pero eso ya es otra dolorosa historia.

“Eternidad”

Carmen Sánchez Melgar

Con un esfuerzo colosal logro sujetarme a la roca que escalo para coronar la cima, pero esto no es el vértice, hay todo un horizonte ante mí.

Doy unos pasos y tomo asiento en el suelo. Siento una paz indescriptible aquí arriba.

Todo es muy extraño. No existe vegetación ni vestigio alguno de vida, solamente piedras muy diversas. Parecen calizas de distintas tonalidades de grises, pero también las hay de otros colores rosados que a lo lejos parecen mares con distintas puestas de sol.

Sigo andando como una autómatas. Todo sucede sin meditación. Unos pasos más adelante y sin esperarlo, aparece ante mí como crecida de la roca una fortaleza antigua, difícil de catalogar y de caprichoso diseño con tejados negros inclinados en varias vertientes.

Me llama la atención la multitud de ventanas de distintos tamaños y formas que posee: cuadradas, rectangulares, ovaladas, ojos de buey, arco de medio punto, forma de estrella... algunas parecen meras rendijas.

Desde aquí parece que forman un mosaico pero no descifro lo que representa.

No se aprecian materiales de construcción. Se podría decir que es enteriza. Hay también una especie de muralla semiderruida, pero que en modo alguno parece derribada (No existe rastro de escombros) yo diría que ha sido erosionada por el viento, si no fuera porque aquí no hay viento. Lo sé. Mis cabellos son lo único que el viento podría mover y no lo hace, todo lo demás es totalmente estático.

La temperatura es agradable, la luz muy potente; tanto que puedo ver con precisión paisajes lejanos como si los tuviera delante de los ojos.

Aquí no hay sonidos ni olores, ni tiempo ni vida. Aquí sólo hay eternidad.

“La carrera”

Mª del Carmen Rodríguez López

Pablo dudaba si podría llegar. Sabía que otros competidores le llevaban ventaja; pero no se daba por vencido. Corría sin aliento. Le dolían las manos de tanto apretarlas. El sudor empapaba su cuerpo; sin embargo las piernas ni siquiera las sentía. Se decía a sí mismo: ***“Tengo que llegar, tengo que conseguirlo”***. La familia le había desilusionado al decirle que lo importante era participar. Sabía que no confiaban en él, porque creían que no le ponía interés a nada. Nadie podía comprenderlo. Había perdido tanto... Eso fue lo que le dio el coraje para decidirse y convencerse de que podía ganar. Este sentimiento le hizo correr como un rayo. Adelantó a sus compañeros. Se puso en primer lugar. Cuando entró en la meta y rompió la cinta, no se lo podía creer. Elevó los brazos por la alegría y... la silla de ruedas siguió avanzando por el impulso.

“El artista y la noche”

Adelaida Bordés Benítez

Cuando alguien se para frente a ella, Krista apuñala con sus ojos de espejo. Es un reto sostenerle la mirada sin que el entorno tiemble, sin que el interior vibre y se estremezca con un escalofrío. Krista vive en la noche de un artista. Es una nube oscura que huye del retrato de una mujer que espera delante de un paisaje, que mira de reojo a quien la enfrenta, que ignora quién la sigue, quién permanece quieto tras el lienzo. La nube brilla como el azabache, se alimenta de rútilo de estrellas, del polvo que desparraman y recogen las alas de las hadas. Al rozar el cielo se despliega la magia y de la nube surge Krista, sin cuerpo, sólo los ojos. Sus ojos velan el sueño del artista. La inspiración sonríe a su lado, con la mirada pegada a los párpados, la cabeza inclinada. Krista busca la complicidad de un testigo mientras la inspiración alarga el brazo para dar al artista el arma a empuñar y acabar la obra. La melena suave de un pincel, única extremidad de un cuerpo esbelto, se recorta clara en el cielo de esta noche serena donde se confunden los tonos, el deseo con la indolencia, el compromiso con la tregua. El artista se yergue entre la confusión, como una rama buscando la luz, estira los brazos escondiendo la cabeza entre ellos, desesperado por agarrarse al pincel que lo salvará de la niebla que lo envuelve, como si fuera un secreto desprendido del cielo, entre azules y negros.

El artista se agarra al pincel y con furia pinta el final de la escena. Tras el retrato toma forma la muerte. Como una oruga, un dedo reptante y, entre carcajadas e hilos de baba, juega a hacerle cosquillas. Los ojos de Krista se encogen mientras la boca se le estira débilmente.

El artista despierta.

“El gato abandonado”

Ernesto Caldelas Lobo

Silencio espeso en los jardines del Porvenir, solo interrumpido por la canción rumorosa del agua al caer entre las piedras verdinegras de la cascada. La otra agua, la de la fuente, permanece quieta en el redondel del pilón, reflejando el colorido movimiento del ramaje y la glotonería de una paloma al beber.

Un poco más lejos un indigente, con la gorra en la cara, duerme sus problemas en un banco de piedra. Solo le cubre la sombra de las moreras.

Cruzando por el sendero, oigo el maullido lastimero de un gato. Al volver la cara reconocí la cruceta característica de ese árbol: es el gato que lleva unos diez años viviendo en el hueco del tronco. De pequeño se subió asustado por la persecución de un perro o por las carreras de los niños y ya nunca más bajó. Siempre anda escondido en el hueco, acostumbrado a las lluvias, el frío, los gritos y las pedradas de los más malvados. Se ha criado sin amor y sin calor de hogar. Solo los pajarillos le ponen, entre el techo verde de las hojas y el cielo azul, un concierto de trinos. Un alma caritativa de los alrededores, le pone agua y comida cerca de la cruz para que sea más llevadera su desconsolada vida blanca y negra.

Avanzaba por el triste camino, mientras seguía escuchando sus maullidos cada vez más lejanos. Abatidas por el viento de levante, las moreras lloran en el profundo silencio que la siesta tiende por el tronco todavía de oro de la tarde.

“Mi tesoro”

Juan Leiva Sánchez

En una habitación entrañable guardo un tesoro. Cuando quiero evadirme de las cosas, me voy allí y permanezco horas y horas sin dar señales de vida, hasta que una morriña me avisa de que tengo que volver a la realidad. Mi tesoro, aparentemente, envejece, pero siempre me ofrece nuevas emociones. La principal dificultad es que va creciendo y tengo poco espacio. Y, si no guardo un mínimo de orden, no encuentro lo que quiero en la infinidad de riqueza que acumula.

Otra dificultad es la sensación de una energía oculta que trabaja de manera incesante y misteriosa y acaba soltando un polvillo tenue que cada vez aumenta más. En el silencio de la noche, oigo un rumor sordo como si alguien estuviera robándome el tesoro o la materia estuviera deshaciéndose. He pensado que puedo perder lo que más quiero, o tal vez, si mi tesoro pierde las formas, se transformará en otras nuevas.

Es lo que decían los filósofos, que nada se destruye. Eso me ha llevado a la ley de la “entropía” que estudiábamos en las clases de Filosofía: si mezclamos dos vasos de agua, una fría y otra caliente, será imposible separarlas, porque se han transformado en una nueva realidad, agua tibia. Ocurre también con las personas. La gran paradoja de don Quijote y Sancho fue que Don Quijote asumió parte de Sancho y se fue volviendo cuerdo, mientras que Sancho asumió parte de don Quijote y se transformó en un idealista.

Mi tesoro lo integran unos dos mil libros que he ido acumulando desde que era niño. Y el lugar donde los tengo es mi biblioteca, una habitación no demasiado grande, con las paredes llenas de cuadros, orlas, títulos y fotos. Y una estantería que ocupa los tres lienzos de pared que quedan. Allí tengo mis libros, los mejores amigos de la Primaria, de las Humanidades, del Bachillerato, del Magisterio, de la Filosofía, del Periodismo, de la Literatura; un arsenal de sabiduría.

Pero noto que me voy quedando sin espacio. Dicen que lo mejor es comprar los nuevos “tablets” o “apples”, que guardan miles de libros, quemar los libros y ganar espacio. Pero yo me resisto; no podría. Es como si todo mi tesoro se transformara en una sola joya; perdería su forma, su color, sus portadas y contraportadas, sus lomos, sus hojas... Y el “tablet” lo guardaría en un cajón de la mesa, a oscuras. ¡Qué vergüenza! ¡Qué riqueza escondida! ¡Qué premio a tanta sabiduría! Y el día 23 de abril, ¿cómo llamaré al “Día del libro”?

“También son amores”

Carmen González Picardo

Rodolfo hablaba a veces, pero yo sólo lo entendía cuando soplaba viento de poniente. Le llamé Rodolfo por un tío mío que tenía la piel casi tan verdosa como él, y tres veces al día, le llevaba al sitio donde le encontré, un termo de leche caliente con migajones. Supe que su familia vivía en el llano de detrás del pabellón, oculta entre matojos, pero nunca le pregunté por ella ni por su vida ni le conté de las mías, en cambio compartimos días con sus horas, confidencias y el tablero del parchís. Una noche de poniente se despidió con la certeza de no volver, y yo desanduve el camino como si llevara todos los migajones pegados en la garganta y el Pacífico en el lagrimal, sin imaginar que Rodolfo se presentaría en casa al otro día, a la hora aciaga de las visitas.

Mi vecina de la derecha, que siempre tiene cuatro de sus siete orejas pegadas a mi pared, preguntó en portería quien era ese tipo raro que paraba con su vecina de la izquierda, pero al parecer, para martirio de su curiosidad y alivio de mi zozobra, nadie le vio entrar.

Aquella misma tarde en el noticiero de las tres cuatro chiquillos frenéticos aseguraban haber visto un platillo volante aparecer por encima del pabellón y alejarse a una velocidad inhumana.

- Rodolfo, ¿cuánto te quedas?

- Serán sólo unos días -me dijo, pero yo ya sabía que se quedaría a vivir.

“Tiempo y felicidad”

Joaquín Moreno Marchal

Estoy en mi refugio habitual de los sábados. Leo una jugosa entrevista a Martirio. Dice la cantante que, con el tiempo, ‘estoy cogiendo una solera, guapa, guapa’.

Me gusta la frase. La anoto cuidadosamente en la libretita que llevo en estas ocasiones. Apuro mi café entre la habitual algarabía oriental de El Vicente, rodeado de antológicos carteles de finos, toros y cognac. ‘Siempre bebí Centenario’ nos anuncia el señor de inmensas y largas barbas, apostando claramente por su centenaria sabiduría.

Miro a la gente que bulle fuera, imagino viajes a ciudades sin pretensión alguna de moverme de mi mesa, oigo de nuevo el alboroto abstracto de las conversaciones y recuerdo al poeta Wang Wei, ‘y yo, secretamente oculto, penetro por un sendero del monte Shang que ni siquiera los leñadores conocen’. Dejo así pasar lentamente el tiempo, sin prisas, detenidamente, esperando, confiado, que al fin venga la solera y haga su trabajo.

“Inocencia”

Pedro Castilla Madriñán

“Si acabas bien toda la tarea, y me ganas una partida de ajedrez, te dejo ver el partido completo”, le prometí. En el juego tuve que hacer concesiones disimuladas.

Su carita radiaba felicidad, y sus ojos estrellas, cada vez que su ídolo Messi tocaba el balón. Pegó botes de infantil alegría cuando Busquets consiguió el primer tanto. Al observar mi indiferencia, me recriminó desenfadadamente: “Abuelo, yo sé que eres del Madrid, pero Iniesta, Xavi, Pujol... todos son del España, entonces, ¿por qué no estás contento? “Sí que me alegro, lo que pasa es que disfruto viéndote saltar”, le contesté. “Anda ya abuelo”, me respondió incrédulo.

Su rostro entristeció cuando el Chelsea logró empatar al filo de concluir la primera parte. Y así continuó su aflicción, enturbiando los múltiples ¡huy! de la segunda. Me dolía no verle feliz. Cuando el larguero se interpuso contra la gloria balaugrana, y la exaltación de mi nieto, por primera vez, después de muchos años de contaminación nacionalista, que no había alcanzado a la inocencia suya, sentí que Messi no metiera aquel fundamental penalti.

La solidaridad en la tristeza con mi nieto, me hizo recuperar la sintonía con unos jugadores a los cuales admiraba, pero que mis absurdos condicionamientos no me permitían celebrarlos.

Al concluir el partido, con el Barza eliminado de la Champion, sus lágrimas buscaron el consuelo en el pecho de mi también apenado corazón. Y esta vez sí notó y creyó en mi concordancia con el suyo.

“Dominio”

Josefina Núñez Montoya

A esa madre se le podría activar su conciencia cuando se encuentre de frente con ojos que no parpadean. Tal vez un familiar o una vecina que de tarde en tarde saluda, o un espejo al que raras veces mira. Quizá su propia figura en el agua del río si la recorriera. Pero ni convive, ni sale de paseo. Su relación tiene que ver con los olores de los desinfectantes y los productos de limpieza, con la mañana anochecida mientras limpia durante tres horas los dos pisos de oficinas. También tiene que ver con lo a gusto que está en casa con su hija y con la tele. Por eso su voz, de tan poco usarla es fina y frágil, débil y corta.

No hizo efecto la mirada del maestro que la llamó por asuntos del colegio. Y se esperaron varios días, e incluso varios meses, pero su hija siguió faltando injustificadamente a clase. Por eso, una mesa ovalada de oscuro sintético, la reunió con muchos ojos de hombres y mujeres, con uniforme y otros con chaqueta.

Agarrada de la mano de su hija, quejicosa y de diez años, buscó mi cara para que le diera asiento. Le cerré la puerta a sus espaldas y completamos el óvalo oscuro de la mesa. Pusilánime planteó su impotencia: la niña no la obedece. ¿Cómo la va a obedecer si ella no la manda? ¿Si está acostumbrada a dirigir la vida de ambas desde pequeña porque entre carraspeos y chascos en la cerradura, ella ha decidido, sin control ni amonestación, sentarse en el sofá y seguir la rutina de los programas televisivos cuando suena el despertador?

No teníamos más argumentos que esgrimir ni más amenazas que recordar en aquella mesa ovalada, cuando sorprendentemente la niña nos asustó dando un golpe en la mesa con la base de una pistola, que sabe nadie, de dónde la sacó y, apuntándonos con ella a cada uno de nosotros, nos aturdió de tal manera que dimos un respingo que cortó hasta la respiración primero y que instintivamente nos impulsó a refugiarnos debajo de la mesa después. Hasta el policía instintivamente puso su mano en la porra mientras se escondía debajo de la mesa. Chilló de forma tan amenazadora y tan segura de sí que habíamos obedecido a sus órdenes por adelantado.

-¡Todos debajo de la mesa!

-¡Madre! ¡Vámonos!

Inoculó el ambiente como lo haría en su propia casa, manteniéndonos ávidos a sus pisadas que se difuminaban por el pasillo de salida, antes de reaccionar.

“El otoño”

Consuelo Sánchez Flores

Para mi nietecita Blanca

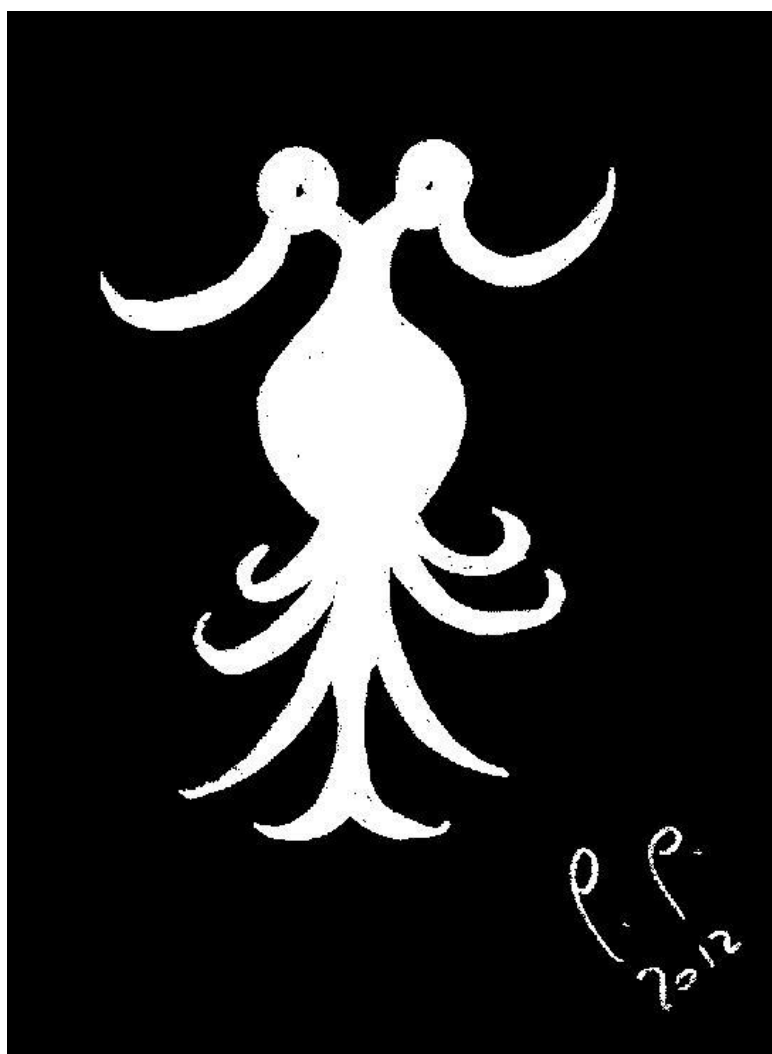
Blanca, ¿sabías que el otoño es una de las cuatro estaciones que tiene el año? Dura tres meses. El otoño es muy bonito, pues comienza a irse el calor a otra parte de la Tierra que, como todos sabemos, es redonda y cuando el calor aprieta en este lado, hace frío en el otro.

Podemos decir que el otoño tiene color dorado, o más bien marrón, ya que las hojas de los árboles en primavera son verdes y van tomando ese otro color antes de caerse. Los árboles son de dos clases: los que tienen hojas perennes y los de hoja caduca. Las hojas perennes siempre están ahí, nunca se caen y mantienen su color verde, como los pinos que ponemos en casa por Navidad. Las otras hojas, las caducas, se tornan de un color dorado o marrón y caen al suelo cuando llega el otoño. En los bosques, estas hojas van formando una alfombra muy blandita que sirve de alimento a la tierra. ¿Sabes, Blanca, que la tierra también se alimenta como los seres humanos? Nuestra tierra se nutre de esa alfombra mágica formada por las hojas que caen de los árboles, del agua cuando llueve, del viento, del sol.

En el otoño comienza el colegio y todos los niños y niñas van muy contentos y aprenden muchas cosas. Por ejemplo que, ahora en otoño, llueve más que en verano, los días son más cortos, anochece antes y nos tenemos que abrigar más. Se me olvidaba: ¡Es tiempo de castañas, nueces, almendras, pan de higo, granada y caquis! También se recoge la aceituna que comemos con el pan cuando la hacen aceite. Pero lo mejor del otoño es que falta muy poco para la Navidad y los Reyes Magos vendrán, como todos los años, cargaditos de juguetes, ya que a mí me han dicho que todos habéis sido muy buenos.

Ya no te cuento más cosas, pues verás cómo tu profesora te enseña muchas más sobre el otoño.

Muchos besos de tu abuela que te quiere mucho, mucho.



Reseñas bibliográficas

Libro: *Don Juan*

Autor: Gonzalo Torrente Ballester

Edit. Destino libro. Barcelona. 2003

Por Aurora Romero Montalbán

Aquella tarde de verano, invocaba al diablo la búsqueda de una lectura jugosa. Conociendo la fina guasa del escritor y la petulancia del personaje de don Juan Tenorio –con trazas de un George Clooney–, me adentré en aquella danza de múltiples identidades entre pícaros diablos; un juego de fantasía y de misterio con el que Torrente Ballester nos presta sus ojos para saber vivir la vida con mirada literaria.

Libro: *La mano de Fátima*

Autor: Ildefonso Falcones de Sierra

Edit. Grijalbo. Barcelona. 2009

Por Ernesto Caldelas Lobo

Novela histórica, rigurosamente documentada sobre la rebelión de los moriscos en las Alpujarras, su derrota y dispersión durante la segunda mitad del siglo XVI. El autor, con una prosa bien construida, fluida, descriptiva y amena, construye una trepidante novela, manteniendo el interés del lector hasta el final.

Libro: *El lector de cadáveres*

Autor: Antonio Garrido

Edit. Espasa. Barcelona. 2011

Por Ernesto Caldelas Lobo

El autor narra con fluidez la historia real del chino Ci Song, que consiguió con muchas dificultades el título de “Lector de cadáveres” en la prestigiosa Academia Ming, que solo se otorgaba a los forenses que conseguían que ningún crimen quedara impune. Se trata de un thriller muy bien documentado y trabajado en la China medieval con un texto vibrante y sorprendente.

Libro: *The road (La carretera)*

Autor: Cormac MacCarthy

Edit. Debolsillo. Barcelona. 2010

Por José Luis Vázquez

y María Luisa Niebla

El presente es post apocalíptico. El futuro, al menos, aún no está escrito. Un padre y su hijo buscan la costa, es su meta. Caminan a diario, incansables, bajo la lluvia cenicienta. La mera aceptación de lo que existe los concilia con la desesperanza. La vida se somete al impulso más primario y primitivo: sobrevivir. El lector camina junto a los protagonistas.

Libro: *El salón de ámbar*

Autor: Matilde Asensi

Edit. Debolsillo. Barcelona. 1999

Por Carmen Franco

En *El salón de ámbar*, Matilde Asensi recupera con éxito el prototipo de ladrón de guante blanco -en este caso ladrones-, convirtiéndolos en honestos héroes aunque parezca una paradoja. La aventura y el suspense propician la lectura fácil. ¿Quién puede sospechar de una respetable anticuaria que aún convive con su “tata” de cuando era pequeña?



Club de Letras

**Vicerrectorado de Proyección Social,
Cultural e Internacional
Universidad de Cádiz**